

tiene por título *On the physical basis of life* (La base física de la vida), y leeremos: «¿Qué puede haber de común entre el líquen de vivos colores, que más bien parece una incrustación natural del escollo en que florece, y el pintor que admira su belleza, ó el botánico que estudia sus propiedades? Si atendemos á la sustancia y á la composición de las cosas, ¿no descubrimos una conexión entre la flor con que la joven adorna sus cabellos y la sangre que circula por sus venas?.... ¡Y bien! continúa, hay una triple unidad de fuerza, de forma y de composición que une á tantos elementos separados. La nutrición, el crecimiento, la reproducción, la contractilidad, les son comunes. La unidad de estructura de los corpúsculos celulares se manifiesta de un extremo al otro de la serie. Todos los seres vivientes se componen químicamente de carbono, de hidrógeno, de oxígeno y de ázoe, que denominamos *protoplasmá*, y viven perdiendo y reparando sus fuerzas. En el orador que habla se produce una cantidad de ácido carbónico, de agua y de urea proporcionada á su elocuencia. Los pensamientos que yo manifiesto y los que suscita vuestra reflexión son la expresión de cambios moleculares en la materia viviente, que es el origen de todos los fenómenos vitales.»

Bacon no negó el espíritu, pero dedicado á formular el método de inducción, le prestó muy poca atención. Descartes, con su definición incompleta de la sustancia, estableció un dualismo. Restauró el mecanismo en la naturaleza, y tuvo necesidad de la *chiquenaude* del Creador para ponerla en movimiento. El atomismo griego resucitado y fortalecido por Descartes mediante la hipótesis del éter, fué adoptado por Newton y por la moderna escuela mecánica. Esta ha seguido los descubrimientos que han calculado los movimientos; ha escudriñado la naturaleza del éter (que es movido por el sol), y reduce la fuerza al producto de la masa por la velocidad. Leibnitz, al contrario, hace desaparecer el dualismo recordando el acto (*ενεργειαι*) de Aristóteles; porque si la materia tiende á la forma, consiste en que tiene en sí un principio de potencia, una fuerza. El dinamismo de Aristóteles era indeterminado y Leibnitz lo completó demostrando que el tipo y el origen de la fuerza es el espíritu. La mo-

derna escuela dinámica ha probado la indestructibilidad absoluta de la energía, y demostrado con ejemplos numerosos la identidad fundamental de las fuerzas apetitivas y electivas de la química y de la cristalografía, con las que revela la psicología (1).

La escuela atomística ha formulado una primera teoría del conocimiento. Consideró al alma compuesta de átomos sutilísimos, esféricos como los del fuego. El alma hace toda clase de esfuerzos por salir del cuerpo: mas está retenida por el aliento, y llega la muerte cuando se acaba la respiración. La sensación es la única fuente de nuestros conocimientos, porque los cuerpos despiden emanaciones atomísticas que, penetrando en el cerebro, suscitan las imágenes de las cosas. Pitágoras fué el primero en elevarse á las relaciones generales, haciendo consistir en los números los principios de las cosas. Los números de Pitágoras son los primeros gérmenes de las ideas de Platón, prototipos de las cosas y del acto de Aristóteles. Los alejandrinos hicieron comprender mejor cómo lo inteligible contiene á lo inteligente, lo ideal á lo mental, considerando las especies inteligibles como ideas de Dios, y aclarando bajo este aspecto la teoría de Platón. El cristianismo con la creación *ex nihilo*, suministró á San Agustín el medio de dejar al hombre en comunicación mental con Dios y al Universo bajo la influencia divina sin confundir en lo más mínimo la sustancia física con la sustancia infinita. Santo Tomás acoge la teoría del acto de Aristóteles, pero reanudó las especies y los géneros á su principio supremo, haciendo de ellos conceptos de la inteligencia divina, arquetipos de la creación; y dice claramente que la luz inteligible contenida en el entendimiento agente es una emisión de la naturaleza divina.

La Edad Media abusó del raciocinio; el Renacimiento trató de ocultar sus propias ideas bajo el velo de los sistemas antiguos, y la Edad Moderna se volvió francamente á la observación exterior con Bacon, y hacia la interior con Descartes. De Bacon proceden Hobbes, Locke, Condillac y los positivistas modernos; de Descartes, Reid, Kant, Galluppi y toda la escuela psicológi-

(1) Véase F. Papillon, *La nature et la vie*; París, 1874.

ca. Habiendo Descartes considerado como ciertas las ideas claras y evidentes, había formado un criterio de verdad completamente interior, que se vió obligado á completar con la fe en la verdad divina, principio superior de armonía entre el pensamiento y la realidad. Malebranche sintió la necesidad de identificar inmediatamente lo que existe en el pensamiento con lo que existe en el ser, lo inteligible con lo real, y de demostrar que la verdad interna depende de la verdad absoluta. Faltó á Malebranche un criterio claro sobre la creación, y atribuyó á Dios toda causa eficiente, diciendo que nosotros lo vemos todo en Dios, el cual solamente obra y nos modifica. Sin saberlo ni quererlo, Malebranche abrió el camino á todos los panteístas, materialistas ó idealistas, desde Spinoza á Hegel. Leibnitz quiso conciliar á Platón, Demócrito y Aristóteles con Descartes, á los escolásticos con los modernos, sacando de todos los sistemas una *quedam perennis philosophia*. «El fundamento de la verdad de las cosas contingentes y singulares, dice, se halla en el hecho de que los fenómenos sensibles están de acuerdo con las verdades inteligibles.» Compare la metafísica los posibles entre sí, y busque lo mejor, esto es, lo que contenga en mayor grado conveniencia, simplicidad y belleza, y penetrará así el secreto de la creación. Para alcanzar tanto, se hará uso del principio de contradicción y de razón suficiente. El primero nos conducirá á lo posible, el segundo á lo real. Así como las ideas se encadenan, del mismo modo se enlazan los seres entre sí, siendo unas mismas las leyes del pensamiento y de la naturaleza. La sustancia es esencialmente activa, esto es, compuesta de fuerzas, de *mónadas* que se atraen y se unen mutuamente, según los grados de su desarrollo. ¿Cómo puede ser esto posible, siendo las *mónadas* independientes? Por medio de una armonía *prestabilita* por el Creador, lo cual quita al hombre toda libertad verdadera. Gioberti ha perfeccionado la filosofía distinguiendo cuidadosamente la intuición de la reflexión, el pensamiento inmanente del sucesivo, con lo que puso fuera de toda duda la objetividad de la idea. Después ha explicado mejor el lazo entre el sujeto y el objeto, entre las cosas y las ideas, con la teoría del acto creador. Esta explicación ha estado presente siempre en el pensamiento humano, y fué enunciada con más ó

menos claridad en los sistemas verdaderamente idealistas, como los de Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Leibnitz y Vico. Ella se reduce al principio de contradicción, á los de causalidad y de razón suficiente, compendiados en un primer juicio. Vico había dicho francamente: «lo verdadero es el hecho, y por esto Dios es la verdad primera, porque es el primer Hacedor; Dios hace, esto es, crea *ad extra* y engendra *ad intra*.» Gioberti tiene el mérito de haber formulado definitivamente la teoría del acto creador, y, fundado en ella, combate la ciencia moderna.

La psicología es una derivación de la metafísica, y varias escuelas han querido reducir á ella toda la filosofía, como ha podido observar el lector en nuestra rápida reseña. El materialismo ha debido atribuir por necesidad el pensamiento á la materia, y definir el alma una materia sutil, un soplo. Cabanis dice sencillamente: el pensamiento es una secreción del cerebro. Carlos Vogt ha añadido, para mayor claridad: el cerebro segrega el pensamiento, como el hígado segrega la bilis, y los riñones la orina. El sensualismo dice lo mismo en términos menos rudos. Condillac nos hizo presenciar el nacimiento de la sensación de todas las ideas y de todas las facultades. La escuela inglesa, que prefiere llamarse positiva, busca en la acción refleja del Universo sobre nosotros el germen de nuestras facultades. La acción refleja, dice Spencer, llega á ser instinto, y de éste nacen de una parte, las facultades que llama *cognoscitivas*, como la memoria y la razón; y de otra, las facultades *afectivas*, los sentimientos y la voluntad. Al mismo tiempo Bain reduce las leyes de la inteligencia á moléculas intelectuales, adicionadas y mantenidas juntas por la asociación. Todos los esfuerzos de esta escuela tienden á confundir la psicología con la fisiología (que hace cuarenta años había costado á Jouffroy tanto trabajo separar) y aproximar la fisiología humana á la animal para obedecer á la ley de la evolución.

Platón considera al alma como una fuerza activa y distingue en ella la parte racional y animal juntamente unidas por el *θυμός* (1). El alma está prisionera en el cuerpo y se eleva al co-

(1) Esta palabra suele traducirse por ánimo, valor, deseo, é in-

nocimiento, mediante algunas nociones, ideas propias de la razón, que son como la base de todo pensamiento, que reside en nosotros anteriormente á toda percepción particular y determinan nuestras acciones. Estas nociones son suscitadas en nuestra alma por la vista de las cosas hechas á su imagen, como por una especie de recuerdo. Platón distingue bastante bien las facultades de conocer, de sentir y de querer, y las diferentes especies de percepciones, de sentimientos y determinaciones.

Aristóteles define el alma como la primera entelequia de un cuerpo natural organizado, que contiene la vida en potencia. Enumera cinco especies de alma: la nutritiva, común á los animales y á las plantas; la sensitiva, causa de la sensación; la locomotriz, la apetitiva, origen y deseo de la voluntad; y finalmente, la racional. No distingue bien la parte orgánica de la racional, lo que ha dado lugar á las más opuestas interpretaciones.

Plotino explica que el alma se halla presente en todo el cuerpo y en cada una de sus partes.

San Agustín añade que nosotros conocemos el alma directamente y la conocemos como inmaterial; y por esto puede estar presente en todas las partes del cuerpo y contener las imágenes de los objetos más extensos. Así como San Agustín perfeccionó á Plotino, Santo Tomás perfeccionó á Aristóteles. Santo Tomás manifiesta que la facultad nutritiva, la sensitiva, la locomotriz y la racional pertenecen á la misma alma. *Anima enim est primum quo nutrimur et sentimus et movemur secundum locum, et similiter quo primo intelligimus.* La identidad del alma en sus varias operaciones está demostrada por el hecho de que cuando una de ellas obra con energía, las otras quedan en suspenso. La forma superior comprende, pues, á la inferior; esto es, el alma racional contiene á la sensitiva y á la nutritiva de Aristóteles. Esta opinión fué reconocida como dogma por el Concilio de Viena en 1311.

Descartes se pregunta: «¿Qué soy yo?—Soy, responde, una cosa que piensa, ó sea que duda, que comprende, que concibe, que

dica propiamente la parte afectiva que participa de la razón y de los sentidos.

afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también y que siente.» Para Descartes, la esencia del hombre está en el pensamiento, el cual, como hemos visto antes, es uno de los modos de la sustancia. Leibnitz se consagró á aclarar la noción de sustancia, subiendo hasta la fuerza ó energía. La fuerza activa no es la potencia abstracta de la escolástica, ó sea una simple posibilidad de obrar, que para pasar á acto tendría necesidad de un estímulo exterior. La verdadera fuerza comprende la acción en sí misma, es una entelequia, poder medio entre la simple facultad de obrar y el acto determinado ó efectuado. Esta fuerza activa es inherente á toda sustancia, que no puede quedar un solo instante ociosa; y esto se aplica tanto á la sustancia corporal como á la espiritual. El alma es una fuerza activa y como tal, sabe inmediatamente lo que hace y mediatamente lo que siente. La actividad libre es la condición necesaria de la percepción inmediata ó del conocimiento de sí propio (*consentia, scire cum*) como de la percepción mediata externa unida al sentimiento del *yo*, esencial á todo sentimiento ó idea. Como fuerza sensitiva el alma se desconoce á sí misma; no sabe que vive, siente y obra. Tal es el origen de las percepciones oscuras que Leibnitz atribuye al alma en el estado de simple mónada ó fuerza viviente. La preexistencia de las percepciones oscuras, sobre todo de aquellas que se relacionan inmediatamente con las funciones de la vida animal, no puede escapar al observador atento que sabe distinguir el dominio providente del espíritu de la pasividad (*fatum*) del cuerpo.

Descartes había dicho: «yo pienso, luego existo.» Maine de Biran corrigió: «yo quiero, luego existo.» Sin la acción no existiría el pensamiento, cuyo verdadero nombre es la voluntad. Nosotros sólo llegamos gradualmente al conocimiento de esta verdad. Apenas tenemos una vislumbre de ella en la vida sensitiva, común al animal y al niño; pero en la vida perceptiva ó de reflexión nos damos cuenta de que el esfuerzo motor nos hace percibir los objetos, los cuales nos son conocidos por su resistencia, y nos hacen conocer por reflexión el sujeto agente. Percibir es, pues, moverse y obrar; tener conciencia es también obrar y querer; la razón misma no es más que una extensión de la voluntad.

Nosotros podemos ahora formarnos un concepto sobre la naturaleza, el conocimiento y el alma.

Hemos visto desde la más remota antigüedad á Leucippo y á Demócrito enseñar que la materia está compuesta de corpúsculos invisibles, pero indestructibles, cuyo número es infinito, como la grandeza del espacio en que se hallan diseminados. Estos corpúsculos son sólidos y dotados de forma y de movimiento. La diversidad de sus formas determina la de sus movimientos y de su manera de agregación y, por consecuencia, de su figura. El atomismo griego tenía, sin embargo, una enorme laguna que Descartes ha llenado descubriendo el éter, que sirve de transmisión al movimiento.

Pero todo puede explicarse mecánicamente, decía Leibnitz, excepto el mecanismo mismo. La antigüedad lo había comprendido y Pitágoras, Anaxágoras y Platón daban el predominio á un principio espiritual. Según Aristóteles, la materia, en su más alto grado de abstracción, es indeterminada y tiende á la forma, al acto. Ella tiene en sí un principio de poder, de fuerza, que es un principio simple, sin extensión, incorporeal. El universo es un vasto dinamismo, un sabio sistema de fuerzas coordinadas. Leibnitz ha reproducido la doctrina de Aristóteles negando toda acción inmediata (*influxus phisicus*) entre las mónadas, creyendo que bastaba una conexión ideal ó sea una disposición para las modificaciones internas que las hiciese concordar entre sí. Ni Aristóteles ni Leibnitz han querido excluir á la sustancia, á la que consideraron esencialmente activa. Kant parece, en sus *Fundamentos metafísicos de la física*, haber querido constituir la naturaleza con la simple noción de fuerza. Imaginó dos fuerzas elementales, la atracción y la repulsión, que componen el universo, doctrina seguida por Schelling. Es preciso ponerse de acuerdo sobre el significado de la palabra fuerza. En mecánica es la causa del movimiento; en metafísica no es solamente una causa, sino que llega á ser una sustancia, una especie de átomo espiritual. La sustancia y la fuerza están unidas indisolublemente para componer lo que llamamos un ser. El fondo de las cosas corporales no puede ser la sustancia extensa, pero quedará siempre un residuo que no puede ser reducido á la noción de fuerza, y que en vano se

ha tratado de absorber en esta noción. La sustancia sin la fuerza no es nada, como lo cóncavo sin lo convexo. Leibnitz tuvo razón al buscar el origen de la mecánica y de las matemáticas en la metafísica; pero se equivocó al detenerse en la noción de fuerza que es ella misma una noción mecánica y matemática, y al remontarse hasta el acto de Aristóteles, que es la fuente inagotable de la fuerza (1).

Una fuerza inmaterial confundida con la materia, que no se extendía más allá, que le servía de principio motor y principio plástico, que le daba el movimiento y aquella variedad de formas que admiramos en el universo, he aquí lo que los filósofos llaman el alma del mundo. Platón, pensando que la pura inteligencia, la sustancia de las ideas eternas no podría obrar directamente sobre la materia, imaginó, entre otros dos principios, una sustancia intermedia formada de un elemento invariable, idéntico como la inteligencia, y de un elemento variable como los objetos sensibles. No se debe confundir la sustancia activa de Leibnitz, el punto metafísico de Vico ó la *metésis* de Gioberti con el alma del mundo, que ha sido descartada como una hipótesis inútil, puesto que nada impide á Dios obrar directamente sobre los cuerpos, ó á las fuerzas múltiples inmateriales producir todos los fenómenos de la naturaleza. Aquí surge la pregunta, algo indiscreta, de si Dios creó una sustancia de una sola especie, que transformándose ha producido todas las demás, ó si creó todas las especies existentes y perdidas, que no se diferencian solo en grado, sino también en esencia.

La teoría del conocimiento puede aclarar la de la existencia. Si las ideas son los prototipos de las cosas cuyo conjunto constituye la esencia de Dios, por el cual las percibe nuestra mente, se sigue de esto que á las ideas específicas deben corresponder esencias específicas. La forma propia de la inteligencia es la especie inteligible que la abstracción separa de la sensación y que se encuentra en todas las mentes, y se aplica á todos los objetos de la misma clase. En la Edad Media fué muy ardorosa

(1) Véase Janet, *L'idée de force et la philosophie dynamique*, Revue de Deux Mondes. 1.<sup>er</sup> Mai 1874.

la polémica, primero contra los Nominalistas que consideraban los géneros y las especies como *flatus vocis*, y después contra los Averroistas quienes sostenían que el pensamiento era impersonal, esto es, idéntico en todos los hombres. En nuestros días ha renacido la controversia con el positivismo y el darwinismo, y no tenemos otro baluarte para defender el conocimiento y la existencia que la doctrina platónica de las ideas, llevada á la perfección por Gioberti. ¡Singular manera de probar los hechos con una hipótesis! dirá cualquier observador minucioso de la naturaleza, sin reparar que hay hechos físicos y mentales. Los hombres, dice Platón, se parecen á prisioneros encadenados en un subterráneo. Hay en lo alto, á sus espaldas, una ventana por la cual penetra la luz producida por un fuego que no alcanzan á ver, porque están amarrados á las paredes de su prisión de tal modo que no pueden mover el cuerpo ni la cabeza. Por una pequeña muralla, delante de la ventana del subterráneo, pasan hombres que llevan algunos objetos y sus sombras se reflejan en las paredes del antro. ¿Qué piensan los prisioneros de estas sombras? Que son realidades, las únicas realidades que existen; y si los que pasan hablan y sus voces son repetidas por el eco del calabozo, los prisioneros creerán, naturalmente, que las sombras hablan. Si uno de estos prisioneros fuera conducido súbitamente al aire libre, comenzaría á distinguir las sombras y después los objetos mismos. Esta es la teoría del alma, prisionera aquí abajo, que debe, por la meditación, despojarse de los lazos del cuerpo para contemplar las ideas en sí mismas. Por medio de los sentidos llegamos á comprender que todas las cosas iguales tienden á una igualdad inteligible, á la cual, sin embargo, quedan siempre inferiores. ¿De dónde nos puede venir la idea de esta igualdad? No de la sensación, ciertamente, sino del pensamiento. ¿Es uno de los modos del pensamiento ó algo sustancial? Para percibirla es necesario salir fuera de sí, volverse hacia un punto indivisible en el que el objeto se aproxime al sujeto y forme la unidad de la síntesis cogitativa.

Este punto, según Gioberti, es el primer juicio intuitivo, *el Ser crea*. Pero la intuición que comprende al Ser, ¿es idéntica ó parecida á la que percibe lo existente? En este caso, puesto que

en la intuición de lo existente el objeto y el sujeto son iguales y el uno obra sobre el otro, debería suceder lo mismo en la intuición del Ser, y existir esta intuición antes de que el Ser hubiera sido creado. Hay, pues, otro modo de conocimiento diverso y superior á aquel que llamamos sucesivo y reflexivo. Tiene por objeto el Ser creador con exclusión de lo existente; de aquí que su inmanencia se transmite al acto que lo contempla, lo que excluye toda sucesión. Siendo una síntesis inmediata entre lo infinito y lo finito, debe tener algunas cualidades especiales, y la más notable es que mientras el Ser creador obra en nosotros, nosotros no obramos en el Ser, aunque Él sea el objeto de nuestra contemplación. Así, este conocimiento está totalmente determinado por la acción de la causa creadora, y es, por tanto, una verdadera revelación infalible. En este estado primitivo é inmanente del conocimiento, la actividad no es distinta ni separada del pensamiento, sino que constituyen una sola cosa; de esto resulta que el pensamiento no tiene por causa inmediata la actividad pensante, lo existente, sino el Ser que en cierta medida crea la actividad del pensamiento. Y por esto el espíritu no introduce nada suyo propio en el objeto, porque éste surge en el momento en que él mismo llega á la existencia, y no puede explicar ninguno de sus actos antes de que piense; así su actividad esencial es el pensamiento. De este modo, desprovisto de toda propiedad subjetiva, se ofrece el Ser á nuestro pensamiento inmanente. Por tanto, el espíritu no puede tener conocimiento de sí por el pensamiento inmanente, si bien, en cierto modo, él se conoce; pero esta manera primitiva de conocerse es como un ojo que ve la luz y se ve á sí mismo en ella, porque la luz es su esencia. Se conoce, no en sí mismo como existente, sino en su causa y á través del acto creador. El pensamiento inmanente es una intuición pura de lo inteligible, y es como un término, un efecto que considera al Ser inteligible como su principio y su causa. Es perfecto, idéntico en todos los hombres, no susceptible de progreso, necesario é independiente del tiempo. Es una percepción del Ser sin juicio, puesto que todo juicio supone un acto de atención y de conciencia, que no puede tener lugar estando él incluido en el acto creador del Ser, el cual, como sólo verdaderamente obra, también sólo

verdaderamente afirma, originándose dos juicios objetivos, *yo soy, yo creo*. De aquí se sigue que el pensamiento inmanente no puede ser observado directamente, porque todo acto de atención ó reflexión implica un juicio humano y se refiere al pensamiento sucesivo. De la misma manera no constituye por sí solo ciencia, la cual es conciencia; sólo suministra la materia confusa, el germen de la ciencia, la cual es, por esto, su percepción, mediante la reflexión y la palabra (1). Todo observador atento puede verificar este proceso mental, porque es un hecho.

Al doble estado del pensamiento corresponde un doble estado en la naturaleza, porque lo existente, siendo una creación del Ser, debe asemejarse. El Ser es uno, infinito, esencialmente ideal y creador. Lo existente tiene una unidad finita que no excluye la multiplicidad, una inteligibilidad relativa, una infinidad potencial y una fuerza cocreadora, que corresponden á la identidad absoluta, á la infinidad actual y á la fuerza creadora del Ser. Esta analogía entre lo existente y el Ser, entre la copia y el original, ha sido expresada por la palabra *metesis*, que significa participación. La metesis es el Universo en cuanto unidad inteligible, que reúne en su seno sus fuerzas en número siempre creciente. Hay tres metesis: inicial, media y final. La metesis media se diferencia de las otras dos en que predomina en ella la multiplicidad sobre la unidad, el caos sobre el orden, lo sensible sobre lo inteligible. Es la transición de la inicial á la final, y esta transición hace salir la diversidad de la identidad, los individuos de la especie, y, como momento intermedió, reúne la potencia y el acto y tiene las cualidades contrarias de los dos extremos, por lo cual Gioberti la llama *mimesis* ó imitación. La mimesis es esencialmente progresiva, en cuanto la metesis inicial pasa al acto para convertirse en final; y cuanto más se aproxima aquélla

(1) Es el punto más elevado de la metafísica. Nos hemos servido de las mismas palabras del profesor Luciani en la obra anteriormente citada: *Gioberti e la filosofia nuova italiana*, volumen III. Éste ha sido el primero y único en mostrar que la *Protología* de Gioberti constituye una ciencia nueva, distinta de la *Ontología*, que le está subordinada.

á la metesis final, tanto más crece la inteligibilidad y unidad de las cosas. Todo, pues, se dirige á ser pensamiento; la esencia es el pensamiento, porque es la metesis. Nótese que se trata del pensamiento creado, no del increado, porque la metesis no es la idea.

El alma en la metesis ocupa un puesto distinto; pero ¿es una fuerza y no más que una fuerza? Sería necesario admitir con Herbart que la psicología es una parte de la mecánica, y que las leyes del número y del peso se aplican del mismo modo al espíritu que á la materia. Pero hay en el alma un elemento distinto superior á la fuerza, y es la mente. La fuerza adherida al alma depende y emana de ella, pero no la constituye. Es preciso, pues, para tener una idea adecuada del alma no detenerse en la fuerza, sino remontarse al acto, fuente inagotable de toda fuerza. Maine de Biran ha dado un nuevo desarrollo al dinamismo, aclarando las propiedades del esfuerzo y de la voluntad que lo produce. La Filosofía antigua había dejado una laguna, la de la libre voluntad, puesto que para Platón la inteligencia tenía siempre la fuerza de determinarnos al bien, el amor era una especie de deseo fatal, y la virtud no costaba casi ningún esfuerzo. Aristóteles se aproxima á la verdad cuando concibe la moralidad como el acto propio y personal del agente; pero se detiene en el dominio de la inteligencia, no comprendiendo que el hombre posee con la voluntad libre un valor infinito y absoluto, que hace de él un fin y nunca un medio ó un instrumento. El estoicismo consideraba la libertad como la necesidad bien comprendida. El cristianismo puso en primer término la caridad, el amor al prójimo, y de aquí el deber, dejando en las sombras el derecho. Los primeros sistemas de la Edad Moderna, los de Descartes y Leibnitz, no dieron á la voluntad el puesto que le era debido. El primero, no distinguiendo bien, confundió la voluntad con la inteligencia. El segundo, negando toda acción recíproca entre las mónadas, recurrió á la hipótesis de la armonía prestabilita. Vico, sin embargo, dijo claramente: *el conocer es necesario, el querer es libre*. Kant dió después un gran relieve á la voluntad, reconstituyendo en la *Razón Práctica* cuanto había derribado en la *Razón Pura*. Maine de Biran, estudiando los hechos, puso fuera de duda la

acción de la voluntad, y hoy una escuela de jóvenes leibnizianos combate en Francia contra los positivistas.

Con estas conclusiones nosotros nos hemos determinado por el idealismo contra el sensualismo. No hemos hablado del escepticismo ni del misticismo, á pesar de haberlos incluído al principio entre los sistemas fundamentales. En efecto, ellos representan dos lados esenciales de nuestra naturaleza. El espíritu humano tiene momentos de debilidad y de impaciencia, y es entonces místico ó escéptico. Y no se debe desear que suceda de otro modo, porque un poco de misticismo y un poco de escepticismo son cortapisas útiles para un dogmatismo que podría resultar presuntuoso é impertinente, y para un racionalismo que secaría el alma. Hablando más exactamente, el escepticismo y el misticismo son, más bien que dos doctrinas, dos estados del alma; son accidentes en la historia de la metafísica. Así se verifica lo que dijo Leibnitz, que los sistemas son generalmente verdaderos por lo que afirman y falsos por lo que niegan, y que es necesario tomar lo mejor de sus doctrinas; pero, como él añade, avanzando siempre. Esto es lo que hace ó cree hacer cada nuevo sistema, comprender y enmendar al que le ha precedido. Así la humanidad no gira en un círculo fatal, sino acumula las observaciones y se eleva cada vez más. Fácil nos sería probarlo comparando en detalle la metafísica de Platón y de Aristóteles con la de Leibnitz y Gioberti. Los dos primeros han visto más porque el horizonte estaba inexplorado; pero los dos segundos tienen la mirada más segura, porque han aprovechado las observaciones de todos sus antecesores. ¿Qué deja de estar comprendido en el sistema de Gioberti? Hemos visto cómo la metesis de inicial y media llega á final. Si no nos faltara espacio, demostraríamos cómo lo sobrenatural es una anticipación de la *metesis* final, y cómo lo suprainteligible irá disminuyendo siempre sin ser nunca aniquilado.

Habiendo hallado un *quidquid inconcussum*, podemos comenzar á construir nuestro edificio moral y jurídico.

## LA MORAL

Nosotros sentimos, pensamos, queremos; nos falta ver cómo estas facultades obran en la vida práctica y si lo hacen en vista de una finalidad. En la primera edad predominan indudablemente los sentidos; nuestra vida es instintiva, meramente animal. La razón aparece con la palabra, y entonces no obramos ya por instinto sino por cálculo. Más tarde la razón nos muestra otras relaciones, las del orden, del bien en sí; y la voluntad no se deja determinar por el placer ó por la utilidad, sino que se siente obligada á realizar el bien. La vida moral no aparece hasta el tercer período, teniendo nosotros de común con los animales el primero y el segundo. No todos los sistemas fundamentales han reconocido los tres períodos; porque el sensualismo, el escepticismo, y en parte también el misticismo, niegan á la voluntad poder para elevarse á la ley moral y aun á la universalidad de esta ley. Sólo el idealismo demuestra la insuficiencia del estado instintivo y egoísta para explicar todos los fenómenos morales. Hemos expuesto las estrechas relaciones del conocer y del querer; vamos ahora á indicar lo que los principales sistemas han agregado sucesivamente á la moral.

La moral parece que sale enteramente armada de la cabeza de Platón, porque éste compendia á Pitágoras, á los sabios antiguos y especialmente á su maestro Sócrates. Nadie mejor que él distingue el bien absoluto, al cual identifica con Dios, á quien debemos tratar de imitar. El bien en todas las cosas es el orden; y el alma misma, para ser dichosa y sabia, debe estar bien ordenada. El alma realiza el bien mediante la virtud, que se compone de cuatro elementos: la sabiduría, el valor ó la constancia, la templanza y la probidad ó la justicia. Nada hay más hermoso que la justicia; el amor nos conduce á ella. La justicia es un mal y pide un remedio, el cual consiste en la pena, en la expiación. El castigo, según Platón, libra al alma del mal.

Sin embargo, en su psicología, Platón no distingue bien la facultad de conocer de la de querer. El mal se comete solamente